legados

“En la universidad todos tenemos razón pero nadie tiene razón a la fuerza y nadie tiene la fuerza de una razón.” Carlos Fuentes

“La ética es el mayor problema de nuestro tiempo.” Jorge Luis Borges

“… (la) tarea (de un ser humano) es vivir su propia vida y no una impuesta o proscrita desde fuera…” Joseph Brosky

“Saber lo que a uno le gusta marca el comienzo de la sabiduría y de la madurez”. Robert Louis Stevenson

En su libro *En esto creo*, dice Carlos Fuentes: “Creo en la universidad. La universidad une, no separa. Conoce y reconoce, no ignora ni olvida. En ella se dan cita no sólo lo que ha sobrevivido, sino lo que está vivo o por nacer en la cultura. Pero para que la cultura viva, se requiere un espacio crítico donde se trate de entender al otro...”

Espacio universitario: lugar donde los unos, profesores, se proponen dialogar con los otros, estudiantes: para instruirlos, formarlos, comunicarles humanidad. Ningún proyecto de enseñanza válido podría dejar de tomar en consideración la necesaria obligación de transmitir a quienes educamos saberes humanos que les posibiliten conocimientos capaces de convertirlos en mejores personas.

En mi particular ideal de educación, ése que concibo como el reto central para altas casas de estudio que sean mucho más que solo centros de investigación, y, desde luego, infinitamente más que solo territorios de adoctrinamiento ideológico, apuesto por universidades destinadas a enriquecer este tiempo presente nuestro, saturado de homogeneidades e incertidumbres, de suspicacias y desorientación. Universidades donde los profesores comiencen por dirigirse a sus estudiantes desde su propia experiencia humana.

Una manera de comunicar humanidad a través de la educación fue la *Paideia* de los antiguos griegos: modelo educativo que asentaba la formación del educando a partir de las ideas y valores en los que el propio educador había sido formado. Se trataba de educar para la vida, para enseñar a enfrentarla, crecer en ella y nunca dejar de aprender de ella y junto a ella.

En una de las lecciones inaugurales que, año tras año, dictara en nuestra Universidad Simón Bolívar, su rector fundador Ernesto Mayz Vallenilla, éste afirmó: “El estudiante viene a la universidad no solo en búsqueda de un saber profesional, sino también solicitando calladamente una orientación que lo ayude a esclarecer sus problemas humanos ... Si educar es propiciar que esa dormida y latente personalidad venga a la luz, quien enseña tiene el ineludible deber de ejercer y realizar esta labor de alumbramiento dirigida hacia el ideal de la autognosis.”

Se trata, junto al desarrollo de la capacidad técnica o profesional que pudiera precisar el educando, de formarlo también en principios éticos capaces de convertirlo en ductor de sí mismo, de ayudarlo a conocerse y a reconocer en él una moral capaz de sostenerlo. En el tiempo universitario, época en la que el estudiante tiene la edad suficiente para conocerse y saber qué le conviene y qué desea, se posibilitará la conquista de su propia autonomía. Antes era demasiado temprano. Después será ya demasiado tarde. Es en esa edad (la de la inmensa mayoría de los jóvenes universitarios), entre los 17 y los 27 años, el momento ideal para que el sentido de la enseñanza universitaria alcance su sentido: que el joven reconozca en sí mismo qué lo estimula, qué es capaz de crear, de ofrecer…

Ayudar al estudiante en la tarea de conocerse, de hermanarse con su vocación y sus aptitudes; de rescatarse de contaminados y banales intereses, de envidias, de inconformismos a ultranza, de egoísmos, de apatías, de indiferencia... Enseñar al estudiante a aprender a vivir y que, a la vez, aprenda de sus aprendizajes; aprender a escoger lo necesario: aquello que le permita crecer como individuo; aprender a conquistar el sentido de su bien más preciado: la libertad, y de afirmarse en la virtud más necesaria: la tolerancia… Todo es parte de un mismo proceso y se encamina hacia un mismo fin: la plenitud individual y la capacidad de la persona para convivir válidamente con otros.

Somos seres individuales y somos, a la vez, seres sociales. En la medida en que individualmente crezcamos seremos capaces de ofrecer a otros eso que supimos conquistar en nosotros. En un ensayo titulado “Individuo y sociedad”, Einstein desarrolló la idea del itinerario de la humanidad como un interminable legado en el cual todos los hombres participan. Infinita herencia de experiencias y perspectivas, de circunstancias y realidades, de comprensiones y espejismos, de verdades y revelaciones que fueron señalando, todas ellas, una a una, desde el comienzo de los tiempos, el itinerario de la humanidad.

Pudiéramos definir el legado universitario como una fundamental contribución de las altas casas de estudio a ese itinerario. Contribución alcanzada a través de estudiantes formados a lo largo de un proceso que los apoyó en el necesario sustento de una vocación; y, claro, en la conquista de su autonomía: puntos de partida necesarios para el sustentador propósito de alcanzar un humano destino.